

LA GACETA DE CHILE

Revista de Artes y Letras Dirigida por Pablo Neruda

Patricio BUNSTER

LA DANZA
MODERNA

Volodia TEITELBOIM

Una Literatura
que Murió

Mario NAUDON de la SOTTA

LA LINEA
SARTRE

La palabra VALPARAISO

por Camilo MORI

CUANDO escribo la palabra VALPARAISO un cúmulo de imágenes y recuerdos de personas, hechos y cosas, de ayer y de hoy, me asalta; así también me sucede cuando vuelvo al Puerto y recorro "el plan" o me pierdo por cerros y quebradas. Son visiones y sensaciones que no tienen tiempo, que no pertenecen al pasa-

do, ya que viven en nosotros y se hacen presentes al influjo del ámbito que les dio origen.

¿Como no ha de ser así? Sopla el viento sur de septiembre barriendo nubes y arrastrando cerro abajo, tierra, papeles y pedruzcos, y hasta más de una calamina onerosa, y el mar se vuelve de añil oscuro y se puebla de rizos blancos

que huyen hacia el norte; entonces, para mí florecen los volantines contra el cielo puro, y con ellos la alegría de combinar los más vivos y brillantes colores: que sea el nuestro el más bello y luminoso. Aquí azul y naranja; ¡no!... mejor, violeta y amarillo, o el rojo, azul y blanco de la bandera... ¿o uno de "pechuga" roja?

Brisa fresca de primavera que eleva nuestro volantin, nuestra creación, nuestra ilusión. Va y viene, revolotea, y cruje su piel de seda transparente. Pero, allá, de golpe, como una saeta, se ha encumbrado un "chupete", es de el Rucio, de ese flojo que pasa el día entero tendido en la escala de cemento del pasaje nuevo... y que hace el mejor "hilo curado" de todo el cerro. Ya no hay tiempo de huir, ya lo "agarró de cola" al nuestro y en una "recogida" fenomenal, por sobre techos y palos de bandera, lo arrastra a su guarida, como el zorro a la gallina... Desilusión de los "cabros" callejeros porque no hay volantín cortado ni esperanza de armarse de uno.

¡El cerro! Las palabras tienen su magia. Y estas no pueden tener para quien no haya vivido en el cerro, la compleja y profunda significación que tienen para el porteño de arriba. Siempre se lo he dicho a Joaquín Edwards, a él que tanto supo, y sabe, del tráfico del ambiente social y de las múltiples incidencias del mundo financiero porteño.

El cerro no es un simple barrio, es más: es una comarca y para los muchachos es una ciudadela, limitada rotundamente por quebradas y caminos y diferenciada por nombres que no siempre la definen, inocentes algunos, poéticos otros: La Cruz, Mariposa, Las Monjas, Florida, Alegre, o los Viejos y curtidos de Barrón, Cordillera, Lecheros, La Cárcel, Toro y Playa Ancha... hasta completar 33...

El cerro es un almacigo humano; por sus callejas, destajos y despeñaderos circulan a saltos y piruetas inverosímiles, entre gritos, ruegos e imprecaciones maternales, como insectos, los cabros y moccos mezclados a los quiltros caseros. Valparaíso es una colmena-abajo y un hormiguero arriba. ¡Ahí como vive y vibra en el día el anfiteatro de sus colinas. Cuánta miseria escondida y resignada, tanta nobleza y heroísmo junto a pasiones y bajezas en esos seres que mirados desde el lejano "plan" son simples puntos negros que suben y bajan.

¡Valparaíso! Flujo y reflujo de mareas humanas. El cerro, el plan. Vientos contrarios: norte y sur. Dos poblaciones, dos actitudes, dos posiciones. Con cuánta razón Joaquín Edwards la llamó "ciudad del viento". En primavera, cuando sopla el sur desde más allá de la última loma, baja también el caudal del pueblo anónimo y desconocido llenando las

callejones de caras nuevas y esperanzas; y si para el "dieciocho" hay promesa municipal de "iluminación a giorno" o de "entrenamientos populares", la romería se



El Escritor y su Experiencia
J. GONZALEZ VERA
Doble "ROSA DE POESIA"

CARTA A LOS LECTORES

TIEMPO de Gacetas... Al mismo tiempo que la nuestra aparecía una "de la Cultura" en Montevideo, importante, interesante y gallarda. Otra Gaceta se publicaba, desde hace pocos meses, en México, como expresión de una respetable casa editorial.

Nuestra "Gaceta de Chile" fué recibida dinámicamente por innumerables lectores. ¡Por fin! nos decían en apretados de mano y cartas de generoso estímulo. Un lector se preocupó, desde su pueblo en la desembocadura del Maule, de criticar constructiva y minuciosamente nuestra presentación tipográfica. Gracias. Tomaremos en cuenta sus consejos. Desde El Salto, Uruguay, Artigas Milans Martínez nos dice: "No hay duda que la intelectualidad de América y su cultura habrán de saludar con admiración esta llama tan alta que desde Chile se levanta para iluminar los espíritus".

Mariano Picón Salas y Miguel Angel Asturias, desde Caracas y Buenos Aires, nos envían noble prosa que publicaremos más tarde.

No ha faltado tampoco el mandoble contrario, el golpe del enemigo. Una pequeña hoja nazi de nuestra capital con la firma muy apropiada de "Gestapo" arremete contra el recuerdo cada vez más vivo y alto de Thomas Mann. ¡Qué hacer! Entre Thomas Mann y el Gestapo no sólo nuestra conciencia se ha pronunciado en estos últimos años.

Trataremos de representar en estas páginas con amplitud y con dignidad la actividad creadora de nuestro país y de nuestra época. Pero al realizar este programa lo encuadraremos en el panorama mundial de la cultura, sin aceptar la exclusión antagónica de gran parte de la humanidad.

Poderosos signos de entendimiento entre las grandes naciones hacen pensar que la desgarradora división de la cultura entre así llamados occidentales y orientales, se abrirá paso a una etapa de inteligencia y de paz.

Estos acontecimientos dan más autoridad al espíritu de nuestra Revista y pedimos a nuestros lectores la cooperación necesaria para que pueda continuar cumpliendo tan altos y lúcidos deberes.

EL DIRECTOR

LA GACETA DE CHILE

Nº 2 - OCTUBRE, 1955

DIRECTOR:

Pablo NERUDA

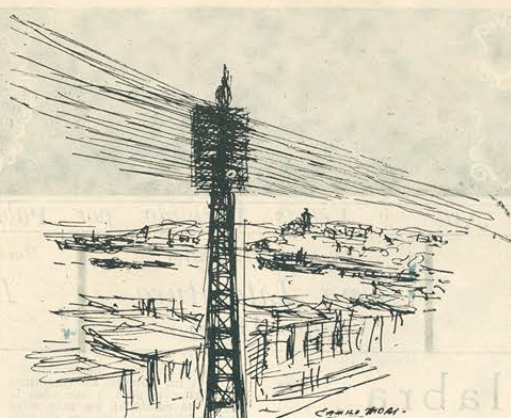
Valor ejemplar: \$ 100

Subscripciones: 3 meses: \$ 250
6 meses: 500
12 meses: 1.000
Extranjero: 6 meses: 1 dir.

Dirección provisoria:

SANTA MONICA 2360
SANTIAGO DE CHILE

Las ideas expresadas en los artículos son de responsabilidad de sus autores



hace morosa esperando la diversión que no existe.

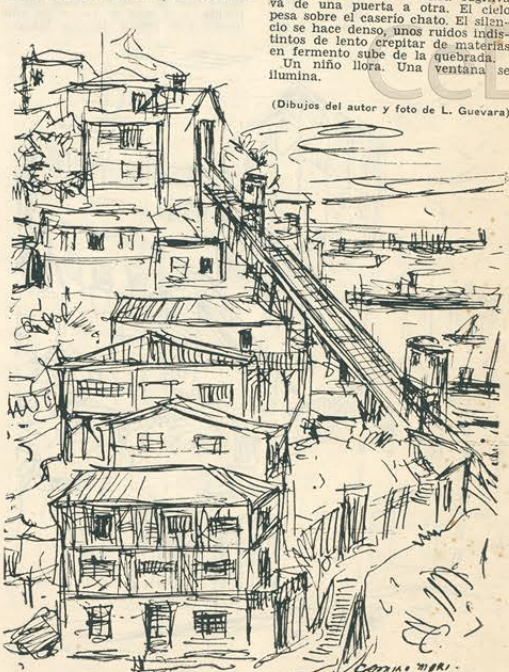
Para Navidad va la pobre gente por Condell o Pedro Montt arrastrando su esperanza mientras las vitrinas encendidas de bombas y juguetes hacen más grandes brillantes los oscuros ojos de los niños. El Año Nuevo sí que es fiesta para el cerro: los chiquillos hacen retumbar el ambiente con bombas y cohetes, mientras desde la bahía la escuadra proyecta sus reflectores iluminando a brochazos el caserío en fiesta. Luego los pitos y las sirenas y el cañonazo de las doce, y con él la profunda sensación de que algo ha dejado de ser y que empieza un tiempo nuevo.

Pero también hay un día en que allá, en Las Torpederas, la "boya del buque" muge al soplo del viento norte. Vienen la lluvia y el frío. El gris despianta las fachadas de las casas y los cerros se arrebujan de bruma. Los niños callan y se encierran, y no hay más voces que las de la lluvia y del viento sibando entre las calaminas. Con las aguas bajan los varones enfundados y oscuros a trabajar en sus casilleros del plan. En tanto los "hombres de mar", impacientes o aburridos, escudriñan el mar renegrado, hosco y desalado, mientras el cabecear de los barcos va indicando la marcha del viento, del norweste, que hizo subir hasta el tope la señal de "temporal de tercer grado" de la capitania del puerto.

Un grito en la bahía: una sirena intermitente de barco a la deriva hiere el ámbito. Miles de ojos y de corazones angustiados interrogan la lejania. Allí, ¡aquí buque! Pero allá va también al impulso de sus remeros (así yo lo recuerdo) el bote salvavidas; minúsculo, blanco de cuerpo, caudado de remos, apareciendo a ratos sobre las olas, perdiéndose por tiempo angustioso en las profundidades. Poco a poco llega la "espiá" salvadora se amarra a la boya. Estoy cierto que en ese momento desde el anfiteatro de esa gran arena que es el puerto estalla una ovación, que se pierde junto al alarido del viento.

Es determinante para un hombre el haber vivido en una ciudad suspendida frente a la evasión, el horizonte inmóvil y de espaldas al paisaje vertical del caserío multi-forme. Por un lado el ancho espacio marino invitando a la evasión, y a la aventura; ya a nuestros pies, la honda raíz de la realidad cotidiana. Vivir allá arriba es convivir mejor y momento a momento con nuestros semejantes, es estar siempre presente dentro del conglomerado humano. No sé cómo explicar y

transmitir la especial sensación de vivir que así se experimenta... Nos llega el rumor de la ciudad, vemos los humos negros, blancos y grises de las fábricas y barcos; el tren que sale y el que llega, el ir y venir de lanchas, botes y barcos, hay pitazos y sirenas, o aquel vapor que entra por el norte, aquel que zarpa hacia el sur, perdiéndose tras los cerros de Playa Ancha. Allí el gasómetro oscuro y solemne; aquí tranquilo, como cetáceo varado, el dique, allá abajo los vehículos y los hombres. El cementerio, tan blanco



(Dibujos del autor y foto de L. Guevara)

junto a la cárcel gris y opaca: ¡todo reunido bajo la mirada nuestra! No es lo mismo vivir teniendo una muralla enfrente!

El reloj de una iglesia del plan, cuya torre emergía al fondo de mi calle inclinada, me marcaba la hora del colegio. Hoy la vieja torre del Espíritu Santo ha dado nacimiento a un colectivo de diez pisos, pero su reloj continúa con su voz metálica marcando para mí el cuarto para las dos.

¿Y ese mástil monumental que equilibraba allá arriba una jaula enorme enjaulada de hilos telefónicos que los vientos hacían vibrar como trinos de pájaros nuevos, ese "violín de viento" que llamó un poeta, dónde está? ¿Y los espesos panachos negros de las imponentes chimeneas del gas? ¿Y con eso, dónde los abscos árboles de la Plaza Echaurriren, que un médico-alcalde imbuido de "modernidad" convirtió en pergoles de cemento, y otro en fuente de soda? Están con nosotros, saliendo al paso del presente, junto a las imágenes de los amigos ya idos.

Pasa la cara de luz del día y Valparaíso aguarda la noche. Ya los empleados y obreros han subido en lenta caravana y han encontrado el refugio cotidiano. Ya los "winches" y las grúas han inmovilizado sus pescantes. Ya llegó la última lancha con los "vaporinos", y los "picares" ya abandonaron su endiablado golpetear sobre las boyas y sus moluscos. A destellos Valparaíso se ilumina; llega de abajo un rumor en sordina, surge, entonces, la voz de Peza Véliz:

"La inmensa ciudad, el puerto, la que echa trigo, granza, a la Europa o al desierto, la inmensa ciudad, el puerto, descansa".

El cerro se duerme. El ascensor se detiene. Aquí o allá una lámpara encendida. Una sombra fugitiva de una puerta a otra. El cielo pesa sobre el caserío chato. El silencio se hace denso, unos ruidos indistintos de lento crepitar de materias en fermento sube de la quebrada. Un niño llora. Una ventana se ilumina.



DOS EDADES DE ZOILO ESCOBAR: A LOS 35 AÑOS Y EN LA ACTUALIDAD. (DIBUJOS DE CAMILO MORI)

PLATICA CON ZOILO ESCOBAR

Patriarca de la poesía chilena

por Rubén AZOCAR

EN las salas de crónica de los diarios del puerto nadie conocía su dirección. Luego, a mí que me acordaba de haber conocido a un intelectual se encogía de hombros murmurando con una inocencia a todas luces fingida: "No le conozco, pero sabemos dónde vive; enténdenos que se trata de un poeta ya olvidado; algo, sí, sabemos de él". Finalmente, en la calle, los transeúntes me daban respuestas precisas: "Don Zoilo? Acabo de verlo. Siga usted por la vereda del sol". O bien: "Aguárdelo aquí mismo; no tardará en pasar". Otro transeúnte: "Por aquí anda todas las mañanas en busca de los diarios". Todos, con delicada atención: "Don Zoilo vive en la calle Rawson. Váyase hasta la plaza de O'Higgins, pregunte por su casa a cualquiera, no hay en Valparaíso quien no lo conozca".

Allí un lustrador de zapatos me acompañó solícito hasta la puerta. Hay que subir por las tres elevadas escaleras y descansar en cada rellano. Arriba, como en una torre está el hogar del poeta.

Zoilo Escobar es un hombre de 81 años. De ademanes ágiles y firmes, de viva mirada. La estatura, breve, anfiada. Hay en su rostro limpio y terso un permanente signo de firmeza que le da una apariencia de hombre autoritario, y un aire de salud lo envuelve de arriba abajo. Pero toda su persona expresa bondad, ternura, franqueza, apenas uno lo oye y lo ve hablar y hacer gestos.

Autobiografía

DESDE su sillón, Zoilo Escobar habla de sí mismo, cuenta su vida. Le he preguntado: "¿Desde cuándo vives en Valparaíso?"

"Un día me dijo mi madre, en Níngüe —yo nací allí—. 'Toma estos 30 mil pesos que te corresponden y te vas al Tomé y pones una tienda, porque ya ha llegado el tiempo en que debes trabajar'. Mi padre acababa de morir, yo era hijo único; había estudiado en Concepción y estaba decidido a estudiar medicina en Santiago. No sin pena abandoné mi propósito y me establecí en el Tomé, era tan joven, tenía

tanta salud y ganaba tanta plata que no me importó gastarlo todo; para la juventud, las remolendas le agotan a uno la salud, y la plata se va de los bolsillos. En el Tomé estaban los Frutillares, y en los Frutillares, las Yuyos, que eran unas mozas muy lindas y alegres; allí se quedó mi herencia y las ganancias del negocio; vino la quiebra. Mis padres habían sido muy ricos; el era de la familia de los Toros, fiurones y aristócratas, dueño de fundos e industrias; ella era Explorosa, de los ríachos, buenas familias como se dice; de modo que yo soy gente de prosapia empingorotada, aunque provincial."

"Entonces se decidió mi destino; un suceso se liga a otro: éstos determinan los que vienen, todo se nos encadena de pronto y se llega a la confusión, a no entender cómo y por qué sucede la vida."

"En el Tomé hubo un joven, amigo íntimo, que se negó a casarse con su novia; el padre y los hermanos, por vengar la deshonra de la niña, buscaban al tenorio para ultimarlo; había estudiado en Concepción y estaba decidido a estudiar medicina en Santiago. No sin pena abandoné mi propósito y me establecí en el Tomé, era tan joven, tenía

regué una poca plata y, adiós, le dije: arregla allá tu vida."

"Volvi donde mi madre; luego pagué mis deudas y llevado por el afán de la aventura me embarqué con rumbo al norte a las salitreras; se sabía que allí se ganaba el dinero a manos llenas. Salté a tierra en Pisagua; por entonces, una ciudad comercial, de mucha vida. Sin embargo, no encontraba trabajo y esto, porque no sabía hacer nada."

"Corría el año 1895. En Pisagua había un movimiento febril; entraban y salían los buques, trayendo mercaderías y llevándose el salitre y los otros minerales; extranjeros y chilenos de todas layas; para todos había trabajo, menos para mí; yo era sólo un poeta."

"Pues bien, un día iba saliendo de un pequeño hotel y de pronto alguien me apretó el cuerpo por la espalda: era Artemio Venegas, el novio que a quien le había salvado la vida, embarcándolo para el Perú. Me llevó a casa de su tío que era un hombre muy rico; me vistió a balazos; así se estilaba en esos tiempos. Yo lo escondí con el mayor secreto; en la bahía el vapor Maipo iba a zarpas al Callao; de noche llevé a mi amigo a bordo; le en-



años toda la pampa de Pisagua y comí toda la vida y me hice hombre."

"Supe la muerte de mi madre y empecé a desesperarme la nostalgia del sur. Me decidí a arreglar mis cuentas con los patrones; nunca había cobrado mi sueldo; giraba sobre ellos vales periódicos que gastaba en diversiones. El asombro del socio español fue grande; el calculaba que la casa me debía sobre doscientos mil pesos, pero el contador lo puso en la realidad: en mí haber sólo quedaban sesenta y tantos mil pesos; en todo caso, una fortuna."

"Subí al vapor que iba a Valparaíso; aquí me detuve para continuar al sur, pero esto no ocurrió nunca. Con el tiempo, se acabó mi dinero; anduve de empleo en empleo hasta situarme en la Gobernación Marítima del puerto. Después de una eternidad de tiempo trabajado allí, jubilé con siete mil pesos mensuales. Alcancé hasta el grado de ayudante del gobernador marítimo de San Antonio."

Generaciones y semblanzas

A Rubén Darío no lo conocí personalmente. Su libro "AZUL", editado en 1888, era un libro muy discutido por los poquitos escritores del tiempo en que yo llegué a Valparaíso; como yo no lo conocía, fui a comprarlo a la imprenta de la calle Serrano en donde lo habían editado; allí había una gran cantidad de ejemplares. Cuando estuve en la Gobernación Marítima, comprobé que Darío había trabajado como empleado de la Aduana, de tarjador, en el muelle Prat; es decir, contaba los bultos de los embarques y desembarques. Por ahí se dice que fue pesadero; la verdad es lo que yo digo. Leonardo Eliz conoció a Darío y solía hablar-me de él."

Y prosigue: "—Por entonces la poesía chilena se divulgaba gracias al intercambio de las revistas provincianas; o sucedía que un poeta de Valparaíso, por ejemplo se iba a Valdivia y allí fundaba una nueva revista, u otro se iba a Antofagasta, o a Valparaíso llegaba un poeta de Charral; así nos conocimos los poetas

LA GACETA DE CHILE 5

ERA adolescente cuando para ganarme el pan, intenté aprender los más diversos oficios. Así pude vincularme a obreros ansiosos de establecer una sociedad igualitaria y libre, como la concebían los anarquistas. Muy pronto hice mía tal aspiración, porque nada ayuda tanto a decidirse como el ser joven, y todavía con un resto de candor, la hermandad perfecta se estaba fraguando casi a mi vista. De haberse me preguntado la fecha de su advenimiento, y del consiguiente cambio social, no hubiese vacilado en considerarla terrenal dentro de cinco años. El año del muchacho es muchísimo más largo que el del adulto.

De esos trabajadores, decididos artesanos del porvenir, fue el zapatero Augusto Pinto, mi maestro. Nos unía la más profunda afinidad y cuanto él decía encontraba en mí eco perdurable. Siempre estábamos imaginando detalle a detalle, la organización futura, la de los iguales. Aunque su certidumbre de que la sociedad ideal era tan inevitable como el aire y la luz, expresó una vez:

—Gran cosa sería un estado de pobreza sin miseria! Cuando lo dije me pareció un

deseo prudente, juicioso también, pero muy limitado. Pienso, ahora, que si la humanidad alcanzara ese nivel, el de la pobreza sin miseria, en no más de un siglo, habría que echar a vuelo todas las campanas.

¿De qué modo podía acercarse, hacer más viable, la sociedad de los iguales? Mi padre había escrito relatos y versos que dejó inéditos. Mi abuelo materno redactó obras técnicas. Y mi madre, lectora de novelas, solía, en noches de invierno, contarlas con viva sencillez.

...
A L servir de mozo en una biblioteca, hallé un retrato de Máximo Gorki, que lo mostraba con sobretodo de cuello redondo, abotonado bajo el mentón. Recorté el retrato y lo conservé. Había leído los más de sus libros. Leyéndolo tomé gusto por el paisaje literario y pude, cuando mi sensibilidad se afinó, sentirlo en la naturaleza. Su amor por la errancia prendió en mí, pero, dada mi indolente sedentaria, en vez de ir de una región a otra, como Gorki lo hizo, yo lo satisfacía cambiando de empleos dentro de la ciudad. No trabajé sino para patrones agradables, notoriamente simpáticos. Al equívoco me vocame y caer bajo la potestad

de un sujeto hosco o ligeramente animal, en el lapso de una mañana lo abandonaba. No había entonces poder alguno que me obligara. Casi era un hombre libre.

Bajo la influencia de Gorki tomé la descomunal resolución de irme a Valparaíso. Era para mí no menos que partir a la Cochinchina. Nunca había visto el mar. Durante un mes imaginé cuál sería mi vida en el puerto. Lo mejor de los viajes debe ser la visión previa.

Figuré en mis planes dormir junto al malecón. Fantaseando en mi casa no podía sentir frío ni molestia por la promiscuidad, ni desazón por la catadura de los vagos.

Al abandonar el tren, en el puerto, huyé de mí el deseo de pernoctar al aire libre. Sin demora busqué la carta de recomendación que alguien, casi a la fuerza, puso en mi bolsillo, y acepté, muy complacido, la hospitalidad que se me brindaba.

Tras unos días de ocio, me convertí en vendedor de libros, primero en la subida de San Juan de Dios, a continuación en el Pasaje Quillota. Ofrecíanse en una tienda los saldos de la que era editorial del libro barato. Entre las obras que adquirí, a sesenta centavos el volumen, estaban "El Intuit" de Joaquín Edwards Bello y "Azul" de Rubén Darío. Los demás vendedores, que

EUTRAPELIA

el escritor y su experiencia

Los diversos oficios. Un retrato de Gorki. Aventuras en Valparaíso. Su primer boceto: "El Conventillo". Hacia el oficio de escritor

por J. GONZALEZ VERA

lo eran de aves, verduras y frutas, mirábanme no sin extrañeza, lunarla que con menosprecio también.

ron de núcleo a la segunda parte de "Vidas mínimas".

...

A GOTADA esta experiencia, fui cobrador de tranvías en la línea de Valparaíso a Viña del Mar. Pretendieron enseñarme su manejo, pero cuando me lo confiaban no lograba tenerlo antes de la esquina, sino más allá, a media cuadra. Por milagro no atropellé a nadie.

De cobrador no conseguí sobresalir. La vida en el puerto era muy familiar y solía acontecer que subieran señoras, hasta elegantes, que habían olvidado su portamonedas. ¿Cómo incurrir en la grosería de hacerlas bajar? En ese evento debía, humildemente, preeminir de bofetón para que el inspector no me multase, pues existía la creencia, ignora si fundada, de que todos los pasajeros pagan.

Era frecuente que el carro, en el terminal, se repletase con gentes que subían simultáneamente, por ambas plataformas. La cobranza, con el vehículo en marcha, y con tal hacinamiento de próximos, era lenta, llena de peligros, penosísima. Desde luego imposible resultaba cobrarles a todos; no quedaba tiempo para ordenar las paradas ni las partidas; protestaba el público; el maquinista me injuriaba con expresiones muy calidas, y de subir el inspector debía afrontar su fiera mirada, y el parte que no demoraba sino segundos en redactar. Mientras solía equivocarme en los vueltos, siempre en mi contra, porque el pasajero sabe con qué paga y comprueba cuánto se le devuelve. Si le daba de más, guardaban provechoso silencio. Como debía desplazarme entre sujetos numerosos, de conceptos muy designados acerca de la propiedad, estaba a merced de siniestros nestados, de muy largas manos, de los cuales a duras penas conseguía precavarme. Al acabar mi turno, y entregar el dinero en la contaduría de la empresa raro era que no me faltase. En el primer mes trabajé casi en exclusivo beneficio de aquella y en los que vinieron, no pude claudir la visita a tan pavorosa oficina.

Aunque mi designio no era trabajar de baidé, ya porque la empresa perseguía el interés y no la beneficencia, ya por mi propia necesidad clamante, en el hecho, por coherencia, mi sueldo era lúscido. Esta circunstancia contribuyó a que en ciertos días rehusara el turno, a sabiendas de que sujeto quedaba a nuevas multas, y me fuera a vagar por los cerros del puerto.

Tales andanzas, y otras que es humanitario omitir, servían

A L retornar a Santiago tuve mayor contacto con José Domingo Gómez Rojas que, fuera de su voz abarcadora, tenía el poder de amplificar cualquier asunto. (Hasta miedo inspiraba a algunos). Era elocuente. Nunca carecía de tema ni jamás se mostraba desdado. Bastaba que fuera una frase para que su fantasía lo proveyese de ciento e mil más. Estudiaba castellano en el Instituto Pedagógico, una pregunta del profesor Ducóing contaba en un discurso de una hora.

Nunca mermó su admiración por Oscar Wilde, pero en lo demás era versátil. Al ser encarcelado, su actitud bízara con el juez Astorguiza fue digna del juez implés. Es cierto que le costó la vida.

Era generoso, y lo animaba una curiosidad universal. Había gustado frecuentar a las jóvenes más emplingorotadas. Afanabase en que sus amigos fueran escritores o artistas. No había uno al cual no le adivinase vocación.

Durante un paseo por la orilla del Mapocho, con algún misterio, me aconsejó escribir. De las observaciones que yo hacía infería él que en mí, todavía en potencia, existían condiciones literarias.

Anduvimos cinco horas. El hablaba y yo escuchaba embelesado. Sus palabras estimulaban mi vanidad y en la noche me senté a la mesa, en el comedor, mientras mi gente dormía, y escribí. ¿Qué pude hacer? De seguro algo muy ingenuo, una especie de introspección.

...

ESCRIBI unas pocas páginas en el año inicial, y continué leyendo al Príncipe de Kropotkin, que era mi guía. Entre sus muchas afirmaciones sabias, se me grabó la de que no hay pensamiento ni sentir que no pueda expresarse claramente con sencillez. Esta idea fue para mí como esas melodías que el subconsciente atesora y que, por periodos, proyecta hacia la zona luminosa de nuestra sensibilidad, para regalarlos.

La enseñanza mediante el libro, proclamado por su ausencia, reside en que lo aseverado en éste se entienda de una sola manera. Cuando caben dos o más interpretaciones es porque el escritor no fue preciso ni claro. Un libro así vale como acertado.

Hay quien piensa que lo desentrañable en la primera lectura carece de profundidad, y es así lo creen, superficial y hasta

cede a la respuesta, aunque sea de segundos. Y mi cuerpo estaba ahí, y mis ojos miraban y mis manos se movían, pero mis labios no podían responder. Era casi eterno el instante que mi alma tardaba en incorporarse-me.

—Quedan. ¿Cuántas necesita?

—Responda al fin.

En vez de alegrarse, el comprador mostrábase de súbito perplejo como si ya las uniones del seis le fueran indiferentes. Al irse me gratificaba con la más anormal mirada de soslayo. Sólo después de mucho vivir, entendí que se mira de esa manera al que vuelve de la hipnosis o al extravagante.

...

DEBIA llevar encargos a domicilio. Leía en los tranvías. Al cabo de largo rato sentía desasosiego, como si esta vez demorase más en llegar. Efectivamente, me había pasado.

Con un libro abierto me iba a almorzar. Solía el personaje adueñarse del mi espíritu y miraba a través de mis ojos. Me sentía muy extraño, y feliz de serlo, pero nunca conté esto a ser viviente. Sojuzgado por el

personaje, qué desconocido hablaba mi barrio, la calle misma en que moraba. Y no podía ser de otro modo. El era natural de la Ucrania.

De noche proseguía la lectura en cama. A las once mi madre que gozaba del privilegio de leer en las tardes, clamaba:

—Apaga la luz.

Conseguía una breve tregua. Y luego debía obedecerle porque era madrugadora. El desdichado personaje en esa página estaba sufriendo un trance de consecuencias imprevisibles y quedaría entregado a su propia suerte. Qué callada desesperación se apoderaba de mí!

Cuando me echaban del empleo o resolvía no ver más a mi patrón, ni ninguno de sus parientes inmediatos, vivía horas inmemorables. Eran quince o treinta días de hartazgo y de urgias en la Biblioteca Nacional a la que entraba apenas abierta.

Leía con vehemencia, visitaba otros países y era testigo de hechos sumamente privados y subyugantes. Estaban a mi disposición las mejores y las peores calles céntricas, lo hacía con la sensación de verlas por primera vez, después de larga ausencia. En

casa observaba a mi madre y hermanas con acumulada ternura, era como si me los regalasen de nuevo.

C ASI ignorándolo derivé hacia la literatura. Redacté un boceto titulado "El Conventillo". Conoci a don Miguel Luis Rocuant que, por cortesía, me pidió colaboración para su revista. Don Miguel era de figura imponente; vestía bien; daba bastonazos a los choferos que enordecían con sus claxonnes; al término de su almuerzo encendía un puro larguísimo y, dos veces por semana, visitaba al Presidente de la República que era su amigo.

El título de mi escrito parecía de malísimo gusto. Cuando se lo entregué vestía paletó enlunado. Fue peor. Mas, como hombre fino y de educación a prueba de emociones, hizo un gesto amable y dijo:

—Mejor le ponremos "En el arrabal".

En el arrabal fui la base de "El Conventillo" que, en sigla, desarrolló y es parte de "Vidas mínimas".

Al aparecer la colaboración no

cabía en mí de alborozo. Y éste llegó al éxtasis cuando vi, en el



J. GONZÁLEZ VERA (FOTOGRAFÍA DE ANTONIO QUINTANA)



EXTRAORDINARIA FOTOGRAFÍA DE MÁXIMO GORKI TOMADA EL AÑO 1910 EN CAPRI. ESTÁ AUTOGRÁFADA Y PERTENECE A LA VALIOSA COLECCIÓN DE LA SEÑORA JUANTITA QUINDOS DE MONTALVA. ESTA REPRODUCCIÓN TOMADA POR EL FOTÓGRAFO ANTONIO QUINTANA HA SIDO POSIBLE GRACIAS A LA GENTILEZA DEL SEÑOR ANIBAL MONTALVA QUINDOS

mismo travía en que viajaba, a un individuo gordo, empleado de zapatería, que llevaba la revista en sus manos y leía mi producción. Antes le tuve por criatura insignificante. Desde ese momento hallé en él un halo superior y, durante muchos años, al verlo tan equívoco de formas, parecíame que éstas eran el mero disfraz de un pensador que se ganaba su vida en un afán modesto.

CUANDO empecé a escribir era costumbre leer un trozo a cualquier compañero. Nadie se ofendía. El olor no dejaba nunca de corresponder con una frase estimulante. En esa inteligencia leí a un amigo poeta unas pocas paginitas y, terminado que hubo, le miré.

—¿Y saben ustedes qué me dijo este leonoclasta?

—Tu prosa es como estar contando chuchas.

Escribía de preferencia en los veranos para quitarme el cuerpo al frío. Trabajaba en la noche. Hacía un párrafo, lo corregía y, al desaparecer la posibilidad de mejorarlo, ponía en limpio en otra hoja, y en ésta comenzaba el segundo. Era procedimiento digno de un miniaturista chino, que se me pegó de observarlo en el poeta amigo, el cual pulía verso por verso y sólo escribía el siguiente cuando el anterior estaba acabado del todo. Necesitábamos de grandes cantidades de papel.

Mi propósito fue ser preciso, económico de palabras y silencioso a lo que sentía. También quise ser consecuente con mis ideas humanitarias y ofrecer al posible lector escritos muy breves. Más tarde, atendiendo un consejo, escribí de una vez el asunto, con vista a preservarlo de la frescura y la unidad.

En la siguiente sesión me ocupaba de ordenar lo escrito y en muchas otras de suprimir lo accesorio, y completarlo. En ocasiones luchaba en vano por continuar, pero no daba con la frase o el párrafo que permitiera pasar de una idea a otra, de una escena a otra escena. Esa frase que surge de repente, da quehacer. Descubrí, tras fatigosos búsquedas, que la consulta con la almohada tenía sentido profundo y, al dormirme, hacía traspaso de mi preocupación al subconsciente, ese mozo interior que tanto nos ayuda. A la vuelta de unos días la frase o el párrafo graciosamente caían a la punta de la pluma.

OTRA dificultad que sume al escritor en sostenidas vacilaciones es cuando, en lo que va escribiendo, una idea se desmenuza, se desmorona y colorea desmesuradamente. Lo doloroso del autor es que esta idea de una página o más y que en sí tenga alguna calidad. ¿Como sacrificarla si ha salido tan bien, con tanto sentido y fluidez? Un sentimiento paternal induce a la ternura y el tal se resiste y traseca. Muy a la larga se adquiere el heroísmo de eliminar cuanto sea imperceptible.

La eufonía nos arrastra, a menudo, a redondear la frase, a darle un término expirante o delirante. Como sonido es inmejorable. Mas, relevando, se advierte que son palabras, no tres últimas palabras son palabras, por dentro nada las anima. Entonces uno las suprime y la frase queda como es, sencillamente de montaña cortados por el abismo.

Es fastidioso también que el texto quede liso. Disgusta que ideas y sentimientos se ajusten a un diapasón. Debería producirse en la prosa un poquito de oleaje. La variación es lo que todo escritor envidia al músico.

La inteligencia disfruta cuando puede prever el desarrollo y fin, en cualquier plano, de un relato. Pero eso suele matar la sugerencia, halo sutil a través del cual se lee completa la creación. Si imaginamos la pintura de un trozo de calle, cegada al fondo por una vivienda, podemos figurarnos como viven los que ahí habitan, pero si el pintor deja la calle abierta, quien mire podrá imaginar infinidad de variantes y cuando la propia fantasía deje de ver,

quedará todavía la ilusión de que el camino continúa.

LO que amenaza el trabajo es la persecución de oraciones y vocablos sin oficio. No soy mal cazador y termino la jornada con las manos llenas. Suele asaltarme la duda de que, alguna vez, la euforia me lleve a eliminar palabras que podrían tener función.

El texto concluido —un relato, un cuento, lo que sea— mejoraría si fuera conocido de personas habituadas a leer. Casi nunca sus reparos son equivocados.

La última lectura de su original debería el escritor hacerla en frío, cuando haya olvidado lo que escribió, y no corregir más de cinco páginas diarias para que su atención se mantenga ávida.

No parece sensato que el autor pueda gozar leyendo sus propios libros. Al leer lo suyo, por acabado que esté, no puede eludir el contraste entre lo conseguido y el anhelado que le sirvió de inspiración. Gran parte de éste continúa dentro de él en estado inefable, como ocurre con lo más tierno, con lo más delicado.

El placer se lo procuran las obras ajenas, pues las aprecia en sí, por lo que expresan, por la emoción que le transmiten o por el agrado, sin saber de qué partieron sus creadores. Y disfruta más que el lector común porque sabe cómo se escribe y celebra, a conciencia, las dificultades que el literato salvó con grandeza.

Se dirá ¿por qué empeñarse entonces en escribir y no contentarse con los libros clásicos, probados por siglos? Aquí se impone una confesión penosa; hasta el más humilde escritor, aquel desconocido aún de sus vecinos, conserva la irracional esperanza de crear una obra impercedera, y otros más de una. Aunque exista en español una medida tan alta como el Quijote, él confía, por instante que se van y siempre retornan, en hacer algo mejor. Si lo dice a gritos, será tenido por loco, y de insistir hasta puede ser recluido.

Ninguna persona razonable osaría negar a nadie la posibilidad de un logro inmortal. Mientras aliente el más cobinado de los seres, tendrá la potencia de expresar lo nunca dicho.

Un escritor conclenzudo no puede aspirar sino a que su obra sea pasable o, si se prefiere, digna de leerse. Hasta ahí puede la voluntad. Escribir, alguna vez, una página recordadora de constante recuerdo, es algo que no depende del autor. Es un resultado, una gracia o milagro cuyas leyes todavía se desconocen.

Pero, aunque se escriba mal, escribir es un bien, sobre todo para aquellos individuos, hiperestésicos, a quienes la vida hiere en exceso y que, por educación, orgullo o admiración a los ingleses, no gritan ni se lamentan, y absorben los sinsabores y los malos ratos, sin pestañar, sin darse por enterados, aunque, a su debido tiempo, su sistema nervioso o su estómago sí que se enteren.

Si el próximo herido quiere olvidar sus penas levedades, no entenderá que lee; si se sumerge en un ambiente de melodías, no podrá decir lo que escribe —o se entrega a un trabajo de creación— a los pocos minutos todo su ser estará dentro de las ideas, las formas o los colores y pronto no sentirá malestar alguno ignorará su cuerpo, lo que constituye casi la felicidad.

También fatiga escribir. Cuando al borde del cansancio visitaba librerías y veía sus anaqueles repletos de libros que nadie compra y que, seguramente, sus autores hicieron con la intención clarísima de que fueran obras maestras, mi entusiasmo estumabase por completo.

Pero no sólo sacó a la luz

ODA A WALT WHITMAN

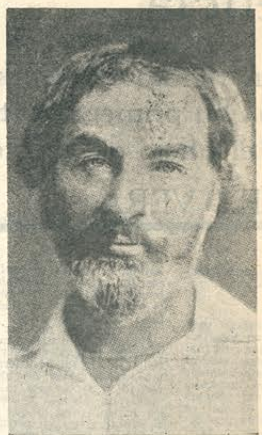
por P. N.

Y o no recuerdo a qué edad, ni dónde, si en el gran Sur mojado o en la costa temible, bajo el breve grito de las gaviotas, toqué una mano y era la mano de Walt Whitman: pisé la tierra con los pies desnudos anduve sobre el pasto, sobre el firme rocío de Walt Whitman.

Durante toda mi juventud me acompañó esa mano, ese rocío, su firmeza de pino patriarca, su extensión de pradera, y su misión de paz circulatoria.

Sin desdeñar los dones de la tierra, la copiosa curva del capital, ni la inicial purpúrea de la sabiduría, tú me enseñaste a ser americano, levantaste mis ojos a los libros, hacia el tesoro de los cereales, anecho, en la claridad de las llanuras, me hiciste ver el alto monte tuyo llegó de visita y era como un trozo de cuerpo limpio el verso que llegaba, como tu propia barba pescadora o el solenne camino de tus piernas de acacia.

Pasó entre los soldados tu silueta de bardo, de enfermero, de cuidador nocturno que conoce el sonido de la respiración en la agonía y espera con la aurora el silencio



WHITMAN A LOS 35 AÑOS

tu pala: desenterraste al hombre, y el humillado esclavo contigo, balanceando la negra dignidad de su estatura, caminó conquistando la alegría. Al fogonero, abajo, en la caldera, mandaste un canastito de frutillas, a todas las esquinas de tu pueblo un verso tuyo llegó de visita y era como un trozo de cuerpo limpio el verso que llegaba, como tu propia barba pescadora o el solenne camino de tus piernas de acacia.

Pasó entre los soldados tu silueta de bardo, de enfermero, de cuidador nocturno que conoce el sonido de la respiración en la agonía y espera con la aurora el silencio

regreso de la vida.

Buen panadero! Primo hermano mayor de mis raíces, cúpula de araucaria, hace ya cien años que sobre el pasto tuyo y sus germinaciones, el viento pasa sin gastar tus ojos.

Nuevos y crueles años en tu patria: persecuciones, lágrimas, prisiones, armas envenenadas y guerras iracundas, no han aplastado la hierba de tu libro, el manantial vital de su frescura. Y, ay! los que asesinaron a Lincoln ahora se acuestan en su cama, derribaron su sitial de olorosa madera y erigieron un trono por desventura y sangre salpicado.

Pero canta en las estaciones suburbanas tu voz, en los desembarcaderos vespertinos chapotea como un agua oscura tu palabra, tu pueblo blanco y negro, pueblo de pobres, pueblo simple como todos los pueblos, no olvida tu campana: se congrega cantando bajo la magnitud de tu espaciosa vida: entre los pueblos con tu amor camina acariciando el desarrollo puro de la fraternidad sobre la tierra.



WHITMAN A LOS 31 AÑOS



WHITMAN A LOS 41 AÑOS

WALT WHITMAN sigue cantando

por Luis VIDALES

SE conmemora este año la publicación de la "Hoja de Hierba", la obra de Walt Whitman aparecida en su estructura completa en 1855.

La poesía de Whitman es por sí misma un acto de libertad, libertad de la forma y el fondo en que el verso libre nace del aire libre, y libertad del combate en que las páginas son un alto campo de acción social. Esta gran concordancia del contenido y el material transmisorio sigue siendo una lección ejemplar para los poetas que claman por una libertad mequiza: la libertad de encañenar a la poesía en la cárcel del formalismo vacío.

Las "Hojas de Hierba" están profundamente enraizadas a las fuentes nacionales, son poesía americana y americanista, con la visión de un mundo continental armónico, henchido de vida y porvenir. Lo que equivale a decir que son universales, pues sin ese "localismo" su frescura no llegaría hasta nosotros, a los 100 años de haber florecido en las manos del coloso de Faumanok.

El no habló de una escuela sino de una inspiración.

No amó los vocablos por la hermosura que puedan tener en sí mismos, sino por aquello que los hinche como vehículo de un espectáculo más ancho y generoso que el hermético de los formalistas: un espectáculo que todos los seres tienen presencia cabal, todas las palabras entran con iguales derechos a la poesía, en que no existe la división formal de cosas poéticas y antipoéticas, a manera de

una traslación de las "clases" y la "apropiación" de la sociedad a la valoración del universo poético. Un espectáculo que es el mundo del hombre.

Un poeta es tan grande como la dimensión del universo que canta. Whitman es por eso un gigante poeta de la humanidad.

Las "Hojas de Hierba" son una voz ardiente contra el espíritu desnaturalizador, la poesía europeizante y los poetas invadidos por la tristeza de haber nacido americanos. No es Whitman el creador de un mundo irreal, sino el animador de la realidad palpitante que le correspondió convivir y a la que da permanencia en su canto.

Con él se abre la experiencia de una poesía americana, con materiales americanos y para el hombre americano.

Para Whitman la poesía no es problema del hombre aislado. No lo es el poeta aislado, como tampoco de la representación aislada. Pero siendo como son los Estados Unidos en el período de transición de la grande artesanía al capitalismo, lo que palpita en las "Hojas de Hierba", su poesía anda mucho más lejos, allí donde los valores permanentes del hombre hacen de toda criatura un ser de su patria y de todas las patrias, de su época y de todas las épocas, internacionalista por razón de lo eterno que alberga y hace grande a la especie.

Whitman es por esta causa el único poeta universal que han producido los Estados Unidos. Lo produjeron por la vía de las contradicciones

fecundas, o sea por inconformidad y no por conformidad con su tiempo, exactamente de la misma manera que la sociedad dividida en clases

-a la vuelta-



LA SILLA MECEDORA DE WHITMAN POR LA CUAL ÉL TENÍA ESPECIAL CARÍO. FUE UN REGALO DE PASCUA DE LOS HIJITOS DE SU AMIGO THOMAS DONALDSON. WHITMAN SE LA LEGÓ A ÉL EN SU TESTAMENTO

ses no era de una conformidad absoluta. Whitman representa las inconformidades y a los inconformes de su época. Representa al trabajador, al hombre de la batalla diaria y de los combates por un mundo mejor.

"La mía es una palabra moderna: [la palabra multitud]
Mi palabra supone una fe
[inextinguible, siempre veraz.
Que se realice aquí o en el
[porvenir, me es indiferente.
Me confío al Tiempo sin temor".

La elección de su inconformidad con su tiempo no es un secreto en su poesía:

"Quien humilla a otros me
[humilla a mí".
"Doy un beso familiar en la
[mejilla del negro esclavo que
[limpia las letinas;
juro en mi alma que jamás
[renegaré de él".

Esta inconformidad es conformidad con los explotados, con los negros a los que todavía es un delito mirar como iguales en los Estados Unidos. Whitman sigue siendo un inconforme, un poeta cuyas "Hojas de Hierba" están del lado de los trabajadores, en la sociedad dividida en clases.

Whitman no sólo corrobora en su propia vida aquello que es motivo de gratificación en sus cantos, haciéndose carpintero, constructor de casas, topógrafo, enfermero gratuito de la guerra de secesión y de los hospitales, haciendo un periódico vicedirector de las calles como pintoresco suplemento a caballo, sino que anuncia a los poetas del mundo para que sigan la gran ruta:

"Luchar por la Gran Causa
Oh! hermanos! es la misión de los
[poetas".

"El bardo marcha a la vanguardia
[de su época, guía de guías.
Su actitud conforta a los esclavos,
horroriza a los déspotas
[extranjeros".

Hoy el camino de Whitman ha sido tomado por innumerables poetas. Whitman no está solo. Al cumplirse los cien años de la publicación de las "Hojas de Hierba", los poetas levantan sus voces de uno a otro confín de la tierra habitada, portando en sus alforjas algaradas expresiones del genio de sus patrias. Y hoy sus cantos son capaces de conmover a los hombres de todas las latitudes. Esta compañía es el mejor homenaje al poeta que canta, marchando en las "Hojas de Hierba", que sigue cantando y que sigue marchando.

A partir de este mes de noviembre **La Gaceta de Chile** aparecerá regularmente en la primera quincena de cada mes.

Necesitamos completar de aquí a fin de año mil suscripciones. Esta será la mejor cooperación para la GACETA, al mismo tiempo que una ventaja para nuestros lectores que se garantizará así cualquier aumento de precio de la revista.

LA DIRECCION

El sueño de AMADEO

por Claudio GIACONI

"Oh ternura feroz: todo se cierra sobre mí corazón! [Todo el pasado me aúlla que se fué, que no hay "regreso!"

Primavera, MIGUEL ARTECHE

fundación, ilusiones y decepciones, la soledad ahogada en los burdeles, el primer amor, la muerte ajena y también la tranquila plenitud del día sábado, y el glorioso domingo con su dulce pereza, la mesa de doce, el rubicundo y paquetero resonar de tubas y retetas militares, el olor a empanadas y el regalo de la jugosa sandía en la tórrida tarde estival, o el olor a tocino, el calorillo acogedor de un puzzle medio terminado, un libro entreabierto o la música solitaria de un viejo fonógrafo en el duro invierno; no, nada del tierno ceremonial de la familia, como ellos hubiesen comprendido desde la partida que detrás de todos los anhelos, de todas las pasiones —grandes o pequeñas— detrás de todas las empresas humanas, se esconde una única y último fin, la derrota, esperaba el fin y el acabamiento y adondequiera que miraran los soberbios ojos de esos amantes por treinta años, adondequiera que se dirigiesen esos hermosos cuerpos que se amaban habrían de encontrar la telaraña infundible y el consueño implacable del tiempo y su pasta cerosa de color grisáceo que lo cubría todo, lo iba invadendo todo, haciéndolo que nada conservara ante su lentísimo e inexorable avance. Pero, ¿qué triunfo! allí donde el orgullo y la soberbia de todos los sentimientos de la brose juventud doblaba la rodilla y donde el tiempo hacía llegar la senectud degradante y la humillación —los años crepusculares e impotentes— donde antes sólo había existido un nudo poderoso de nervios vitales capaz de alimentarse con los vastos placeres de la tierra, o de rechazarlos con la misma facilidad.

Amadeo pensó que por allí debía buscar el motivo de su fracaso, en esa soberbia que había producido entre él y lo circundante una extrañeza absoluta. Y recordó que una noche —no hacía mucho— se sorprendió preguntando —más bien preguntándose a sí mismo— a un grupo de seres extraños y lejanos, hostiles, sentados alrededor de una mesa repleta de botellas —con idéntico poder de asavalante realidad, pero vieja, ya vieja, como diciéndole al oído, en un susurro mágico y triunfante, que al él —Simón Fistiulari y su mujer— habían envejecido y habíanse estragado, significaba que también los años habían transcurrido atropelladamente, con la misma traidora premura para él y que si ellos habíanse estragado, él pronto los igualaría y hasta sobrepasaría por haberse hundido y revolcado en el Jugo agriúdice de la vida.

Los veía así como siempre, solos, aislados, en la compañía de sus hijas, como si ellos unidos de las manos fueran una fortaleza inexpugnable a cualquier afecto humano, una coraza de granito contra la cual todos los azares y las pasiones humanas se estrellaban y retrocedían, como las encrespadas olas del mar contra un acantilado y, sin embargo, deshumanizados por efecto de ese mismo amor —en el que residía la raíz del orgullo de sus vidas, la pasión soberbia de aquellos dos cuerpos espléndidos y hermosos que se habían amado durante treinta años— que los había aislado de los demás e imperturbado un muro entre ellos y la vida, alejándolos cada vez más del río y triste y siempre repetido e inagotable ceremonial, de cuanta cosa grande y pequeña forma la vida: el misterioso rito de la

no hombre duro y frío proclama con pasión que la verdadera belleza, la grande, es bábarea y ruda? [Lo han oído hablar con fervor de sus amados maestros, del Dante, de Shakespeare, de Miguel Angel, de Beethoven y Rembrandt, y lo han visto alguna vez, lo han sorprendido en su emoción ante tanta majestuosa y ruda belleza?

Ahora, el tío Simón y su mujer estaban más solos que antes. Aparecían en la misma posición: él semisentado, y ella acomodada caprichosamente, como adoptando una postura para ser fotografiada. Él, que tantas veces se presentaban en esta pose vagamente fotográfica. El tío Simón, como siempre, tenía un cigarrillo entre los labios, y ese mismo gesto de indolente distinción con el que el cigarrillo, desde hacía treinta años, pegado al labio inferior, carnosos y sensual, endurecido en costra por el calorillo de cientos y cientos de miles de cigarrillos, que había dado a su labio inferior una cierta protuberancia encarnada y aumentado ese aire de preocupación irresistible para doncellas aburridas y ociosas (que fuera el vector principalísimo en la seducción fulminante y ciega que había operado en la tía Teresa desde hacía treinta años atrás y que la había hecho, coque, en tantas veces, en el colmo de la embriaguez: "Se tan impulsivo, ¿se fijan? Tan impulsivo y avasallador".

Simón Fistiulari tenía por entonces cuarenta y cinco años. Había logrado montar en Curicó un pequeño comercio floreciente de cereales y forraje, que él administraba en su pequeño agrio cultivos poco avisados de la zona y que, por el hecho de girar con capitales reudados, preferían no arriesgarse y, en cambio, echaban todo por la borda, vendiendo la totalidad de la cosecha, productos que luego revendía Simón Fistiulari obteniendo pingües ganancias. Ya se había hecho de una pequeña oficina empujada en el interior del bodega, con libros de contabilidad en los que invierno y verano estornudaba un contador descendiente de españoles, de apellido Cerviño, que lo había visto nacer y tendido en los brazos a él y a varios Fistiularis más, hombrecillo llamado y conocido al que tenía a sueldo de hambro y con cuyo sueldo siempre tenía un trato activo y crueles conversaciones, ejercicio que a Simón Fistiulari le reportaba una inmensa complacencia, cuando él arremolinado Cerviño como un sobaaba sus frases, o las repetía, elevándose a una octava más alta, jugando el con embesidades y reconvenciones y dándose, por último —el contador— muy satisfecho de andar zarandeado de aquí para allá:

—Hace frío...
—Está haciendo mucho frío.
—Con frío no se puede trabajar.
—Claro que no, es imposible trabajar.
—Porque la mente parece que se enfría tal como los pistones de un automóvil.
—¡Usted lo ha dicho, mi querido Don Simón, usted lo ha dicho. Jamás he oído esa cosa tan exacta, porque la mente se enfría, eso es...
—Sin embargo, es muy preferible el frío al calor.
—Muy preferible, muy preferible, decididamente preferible... Porque, ¿qué ocurre con el calor? Ocurre que la ropa se pega al cuerpo y eso es molesto, expasa a la página 12—

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum...
¿Saben los espectadores que este mis-



AS exposiciones de grabados y pintura que presentó Nemesio Antúnez a su regreso a Chile, hace 25 años, causaron tal admiración que el dominio del grabado que nuestro medio plástico comprendió que tras ese alarde técnico se escondía una artesanía prodigiosa cuyo aporte era necesario recoger y estudiar.

Además, el moderno sentido espacial, el ángulo novedoso y la fina y sensitiva línea del acabado de sus obras, convertían de inmediato a Nemesio Antúnez en un factor definido, sólido en nuestro mundo plástico.

Por eso, cuando Antúnez abrió su taller en Guardia Vieja 85, acudieron a él nuestros jóvenes inquietos por la investigación.

En estos 25 años el maestro Antúnez ha ido entregando los secretos de su técnica, mostrando los recursos inagotables que se pueden obtener con lápiz, pluma, acuarela, gouache, pastas, vitrales, acidos, empaques, glassis, etc. etc. Todo lo va enseñando Antúnez con generosa paciencia.

LA GACETA DE CHILE visitó a Nemesio Antúnez en su taller de Guardia Vieja.

Lo encontramos sacando pruebas en una prensa litográfica. El motivo que copia es un paisaje andino. Obduciendo la diferencia tonal de dos zonas de la litografía, a pesar que la piedra en que ha sido ejecutada está tratada con la misma intensidad por el lápiz.

Esto se debe a un pequeño truco de impresión —nos explica—. El rodillo con que se entinta está más cargado de pasta en un lado. Por eso se obtiene este efecto.

Comenzamos a examinar el taller: decenas y decenas de cuadros, litografías, gouaches, acuarelas, punta seca, agua fuerte y el penetrante olor a las resinas y disolventes de las pinturas. Un violoncello resaca junto a una prensa. En los estantes de estudio se repite el violoncello en apuntes al carboncillo.

A mis alumnos los hago practicar del natural —explica Antúnez— mostrando los estudios de los caballetes—. La academia es el único camino para dominar el oficio. Es necesario dotarlos al máximo de recursos técnicos, para que no tengan trabas de este tipo al desarrollar su personalidad y encuentren más rápidamente el estilo que define su obra creadora.

En mi taller —continúa Antúnez— todos los alumnos manejan las prensas, preparan las pastas, afilan las herramientas. Debemos aprender de los artistas del Renacimiento. Para mí esa época marca una plenitud que debemos reencontrar. Así como ellos maceraban sus pigmentos y forjaban sus cinceles investigando en todos los terrenos de la plástica

CARLOS HERMOSILLA ALVAREZ

EXISTEN en Chile hombres extraordinarios; que por sí solos dan la sensación de que llenan el ámbito geográfico de nuestro estrecho territorio de una densa y permanente condición humana. Yo tengo la suerte de conocer a uno de esos hombres.

Sí, balamos el índice de norte a sur por el mapa de la patria, debemos, por fuerza, detenernos en una ciudad maravillosa: Valparaíso. La abierta bahía muestra los viejos cerros, en donde casas fabulosas se sientan sólo por la voluntad de sujetar de los pobres. En uno de esos cerros, a sus dedos echaron a caminar, por sus dibujos y grabados, los quemados y yodados pescadores que cada mañana se surgen con su bongo en el océano inmenso; de su pupila salió vivo el minero herido, desde el fondo del pique, en hombres de sus compañeros; y el albañil; y el campesino que siente que el infortunio es más fuerte que la esperanza y que, sin embargo, ésta última es la única razón y la única causa; y el solitario lavador de oro, con su chaya entre las rodillas, atento a los minúsculos granos de arena que pueden salvarlo de la miseria.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como dejó también, eternos, al fletero, al organillero, al maestrucino del Barón, o el goldendriner y sus caballos gastados.

Todo ello ya sería mucho, pero para Hermosilla fue insuficiente. La vida ofrecía algo más y había que descubrirlo. Y este hombre entregado, golpeado, herido, en medio de la vida y de su vida, se reúne, piensa, toma banderas y estandartes y se empuja para alcanzar su propio destino. Y allí también lo ve y lo descubre y lo graba Hermosilla Alvarez, pintando el mitin, el desfile, el estandarte, los piques, la huelga.

Pero, como técnica central, como obsesión artística, [Valparaíso! Su tráfico marítimo, sus embarcaciones llenas de materos y de pica-sales; y los huachimanes, y la mujer que tiende la ropa a los vientos oceánicos desbocados por las crestas de las lomas, y las lavanderas bajando por las empinadas callecillas, llámanse Carlos y la Gloria, para ir a entregar el lavado, a tanto la docena, siempre insuficiente para pagar el agua cuba, el jaboncello, la leña con que hervió el agua. La fatiga es grande. El retorno penoso. Allí, en ese instante de desaliento, la dejó grabada para la posteridad el buril, el lápiz, el pincel de Carlos Hermosilla Alvarez. Como

para una oficina moderna un mueble de actualidad

muebles



Una nueva línea **SUR** de muebles para oficina
en su nuevo local de MERCED 373 - 375

Guillermo Sotomayor
Pérez Cotapos

Compra venta de
propiedades
Corretajes
Administración
Seguros
BANDERA 172 - OF. 19
Tel. 65501 - Santiago

COMPRE O VENDA SU AUTO
O CAMION A



SOLIMANO

ALAMEDA 1686

VIAJES
por PABLO NERUDA

Su gran libro en prosa \$ 750
Del autor: LAS UVAS Y EL VIENTO 1.200
ANTOLOGIA, en prensa

Tres Grandes Poetas Universales

Tabletz Milosz. Poemas, traducción de A. D'Halmar \$ 400
Rainer Maria Rilke, traducción de Yolando Pino.
Edición bilingüe 300
Gibran Jalil Gibran, poemas 300

EDITORIAL NASCIMENTO
San Antonio 390 - Casilla 2298 - Teléfono 32062

til-til

STA. MAGDALENA 16
CASI ESQ. PROVIDENCIA



CERAMICA
CUCA BURCHARD
ESTAMPADOS A MANO



LIBRERIA UNIVERSITARIA

Textos de estudio recién recibidos de

ESPAÑA, FRANCIA
ARGENTINA, EE. UU.

Obras de Literatura, Historia, Arte,
Medicina, Ingeniería, Agronomía,
Filosofía

**CASA CENTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE**

Alameda 1058 Casilla 10220 - Teléfono 64914

EDITORIAL LOSADA LTDA.

Ofrece colecciones de

PEDAGOGIA - FILOSOFIA - LITERATURA

CIENCIAS - INFANTIL - DERECHO, etc.

En cómodas cuotas mensuales

Exposición y ventas:



AV. GRAL. BULNES

103

TELEFONO 86320

SANTIAGO

ELECTRON

Juan Schneider S.

RADIO
ELECTRICIDAD
ARTEFACTOS
LAMPARAS



AGUSTINAS 1161 - Local 6

Galería Alessandri

FRENTE BANCO CENTRAL

Publicaciones del Instituto de Extensión de
Artes Plásticas de la Universidad de Chile

Guillermo Feltz Cruz, Eugenio
Cereira, Waldo Vila y Antonio
Romera:
Gabriela Mistral, Tomás La-
go y otros

Waldo Vila y Giorgio Va. L.

Luis Drogout Alfaro:

Aldo Torres Púa:

En preparación:

Carlos Humeres:

MONVOISIN \$ 600
ROA 300
BONTA 600
ABARCA 300
SERGIO MONTECINO 50
PABLO BURCHARD
REVISTA DE ARTE 300

Suscripción y venta en la
Facultad de Bellas Artes
y en la
Librería Universitaria

**Librería
NUEVA AMERICA**

Conozca a Chile a través
de sus mejores
escritores.

Mariano Latorre:
CHILE PAIS DE
RINCONES

Francisco Coloane:
CABO DE HORNO

Luis Durand:
FRONTERA

Moneda 720 - Local 28
Reembolsos rápidos a provincias

El sueño de Amadeo

-viene de la pág. 12-

traordinariamente molesto, por no decir
paracezco, ¿no le parece?

—Pero, después de todo, con calor us-
ta puede hacer cosas muy agradables.
—Francamente deliciosas, realmente,
decididamente deliciosas. ¿Qué me dice
estar en Constitución contemplando a
los bañistas con sus bañetas tan pro-
vocativas... tan, tan indecentes? ¡Ay!
¡Qué cuerpos, qué formas! ¡Vaya, vaya,
vaya! ¡Y qué muslos! ¡Qué, qué...!

—Sin embargo, ocurre que ahora es-
tamos en invierno...
Así era Simón Fistiulari por entonces.
Fue por esa época que viajó a Santiago
con el objeto de buscar "un producto
que le hacía falta". El tal producto era
una mujer, pues había decidido contraer
matrimonio y no abrir una nueva casa
comercial, sino un hogar, tener familia
y todo lo demás. El producto lo encon-
tró sin mucha dificultad en un elegante
baile de beneficencia de la calle Dieci-
cho. Pertenecía este producto a una
aristocrática familia, aunque empobre-
cida y vendida a menos, que opuso una
enorme cuanto efímera resistencia al no-
viezo. El rechazo era más convencional
que sincero y su única razón de ser pa-
recía residir en el hecho de que el vie-
zo aristócrata jefe de familia no podía
dar su consentimiento sin antes emitir
algunos gruñidos acordes con su condi-
ción social y que significaban, más o
menos: "Puf, puf, puf! ¡A lo que he-
mos llegado!"

Simón Fistiulari tenía maneras un tan-
to bruscas. Hablaba en el tono de un
cambio formado en el Hotel Dieci-
cho, poco acostumbrado a andarse con
excesivas sutilezas. En un comienzo, el
desplante del joven —con su desahogada
figura, de condottiere, de grandes ojos
bovinos y burlescos— no causó una im-
presión tranquilizadora en medio del
severo estilo de aquella casa, en donde
todo se hacía en puntillas y se hablaba
en voz muy baja, como en un susurro.
Sin embargo, después de tres semanas
en que el pretendiente se empeñó a fon-
do en un asedio constante, los padres de
Teresa terminaron por ceder, tomada
debida cuenta de que ésta (pese a que
vestía "cintillas, vuelos y encajes" era
bastante traviesa) ya había cedido des-
de el primer momento ante empuje tan
arrollador. Y es fama de que el anciano
padre, que vio en su hijo un futuro
robusto de chambre, recuerdo de su luna
de miel en París, de fina tela de foulard,
y que se lo pasaba la mayor parte del
tiempo entre gruñido y ahogado, con
pasada opulencia, la Opera Comica, el
Bois de Boulogne, la Concordia, la rue
de Rivoli y el queso Roquefort y que
después de su regreso a Chile había con-
ducido irremisiblemente y habíase
secado, o derretido, como un cirio de
Iglesia, es fama de que, en el momento
de la petición de mano, le había dicho
al impetuoso yerno: "Tome, se la entrego.
Pierda una buena hija y usted se
gana una mejor esposa, pero creo que
no he hecho un buen negocio."

Y Simón Fistiulari había regresado al
mes siguiente a Curicó, en compañía del
flamante producto. Todo lo había efec-
tuado conforme a un cálculo riguroso
con aquella inaudita previsión, que con-
taba la menor posibilidad de fracaso,
que es sólo patrimonio de los grandes
tímidos. Teresa carecía de aquello que
le era más indispensable: cuanto le so-
braba en belleza le faltaba en dinero y
posición material, referente al brioso
galán todo el mundo opinaba que era
un joven de brillante porvenir, "a quien
era necesario, para el desarrollo de su
carriera, el apretado apoyo de un pa-
dre, aunque no enteramente fundamen-
tal, de una mujer hermosa y, de ser po-
sible, distinguida". Teresa y sus padres,
desde ese momento, pudieron mirar con
más optimismo el porvenir, toda vez
que —según decían algunos resentidos
que miraban con malos ojos a Fistiulari
y su rápido ascenso— ahora, gracias a
otra parte, no tardó Teresa en compro-
bar personalmente, el joven esposo,
tocante a dinero, "era más apretado
que una tuerca de burro".

Ahora casi parecía igual que antes,
sólo que sus rulos cabellos se presenta-
ban más escasos y totalmente encañi-
cidos y su rostro, envejecido, de una
blancura casi lechosa, se veía estrado
por profundos surcos sombríos, pero el
rostro aun con tales signos de mutación
exterior no había perdido un ápice de

esa arrogancia tan suya, que era como
la arrogancia misma de la virilidad
y del éxito; no obstante, sus ojos, algo
húmedos y aterrados por la vida, en
el lo más profundo de aquella luz que
salía medio mortecina de las cuencas
con el concurso de los pliegues de arru-
guinas que los circundaban, algo había
allí, en su mirada, infinitamente me-
lanéolico, que sugería el final de la sin-
fonia de Bruckner, tan amada por Ama-
deo, con su infinita melancolía. Eso
sostenía despedida la vea, en cierto
modo, reflejada en esos ojos. Después
del rechinate torbellino y de la tumultu-
osa cabalgata como simul de la vida hu-
mana, sólo el misterio y, luego, una ce-
garada luz. Y, sin embargo, tanta me-
lanolía, porque era como decir: "Lo
humano es terrible, pero es triste dejar
de serlo". Y, a poco que se pudiera pe-
netrar más en las sombras que los ro-
deaban, podría descubrirse que estos ojos,
ahora, carecían por completo de ese bri-
llo que anuncia la vida; tenían la opa-
cidez y el tono vídrio de los no vi-
desos. Esos ojos, esos ojos... esos ojos
estaban muertos. (Aunque al alguna vez
hubiese oído hablar de Bruckner, Si-
món Fistiulari había pensado que se
trataba de algún agricultor de Colli-
lli, o de un tudesco recién llegado que
se interesaba por la cebada y por mon-
tar una industria productora de cer-
veza. En cuanto a música, toda su ex-
periencia se reducía a haber acompañado
unos tres o cuatro veces a su mujer, en
sus visitas a Santiago, a ciertas funcio-
nes de ópera y zarzuela, a esas ve-
ladas debía ser, incluso, prácticamente
arrastrado, pues él gustaba de emplear
el tiempo de una manera más provechosa,
dando una inspección por el comercio y
visitando, de preferencia, ferreterías
importantes).

Un intenso escalofrío habría de sentir
Amadeo al evocar con posterioridad esos
ojos sin vida, dislocados por su lagrimal,
de sus párpados, de sus cuencas, como
perdidos de su eje. Sin embargo, esa
fría y aterrada novedad permanecía
disimulada, mientras él hacía nu-
mar la collita del cigarrillo entre los
dedos, como humo anulado, la ascensión
por el rostro como una finísima gasa
superpuesta sobre el cutis centelleante,
cubriéndola con esa pasta humosa por
entro, velando los rasgos y contornos
con esa precisión con que se pliega el
guante de goma a la mano del cirujano.
Y el humo seguía ascendiendo invader-
te, como un vapor, en la contemplación
sobre el cutis centelleante iba ha-
ciéndose paulatinamente más densa y
espesa, hasta tomar la forma de una
imperceptible máscara. Sin embargo,
había ningún motivo para solazarse en
este descubrimiento, en extraer de él un
consuelo para todos sus años de humi-
llación y su sempiterna mano tendida,
actitud a la que ellos habían respondido
tirando unas migajas y de esto hacía ya
mucho tiempo, un recuerdo —remo-
to, pero no perdido— les venía a la me-
moría y se les hacía formularse amargos
reproches por la ingenuidad de espera
tan estéril.

Y qué sufría —había continuado pre-
guntando Amadeo del mismo modo im-
personal— porque ha comprendido la
profunda inutilidad de los grandes es-
fuerzos del hombre, porque sólo ha en-
contrado su impotencia y nada que opo-
ner para que conmueva la faz fría y
dura de un mundo impensable y hosco.
—¡Oh! son objetos de escasa impor-
tancia. —¡Ah! —exclamaba— ¡Acuérdese
toda esa época —preguntaba Ama-
deo— propicia para dar un salvador o
un gran arquitecto de la destrucción?"
—¡Oh! Pero, ¿qué me pasa?
—¡Oh! Es que estoy viejo, eso es, estoy
viejo. Daba unos gloriosos pasos de
baile hacia los lados y añadía casi
en un susurro, haciendo ondulaciones
vaporosas con los brazos: —Es eso, estoy
viejo, ¡Ji, ji, ji...! —la invadía una risa
aguda y tonta—. Estoy viejo, estoy
viejo —repetía en una salmodia conti-
nuada—. ¡Ah! Ya me segregaba mu-
tuamente, —ya sé, he de hacer un poco
de gimnasia; si, señor, he de hacer
gimnasia. Y, acto seguido, como si al-
guien le hubiese regresado la cabeza, per-
turbado en kinesiografía, se sentaba nue-
vamente en el piso y comenzaba a hacer
ejercicios precisos y rítmicos, des-
cribiendo sus hermosos muslos marchitos:

andado buscando? ¿Quién? ¿Hay algu-
n, en algún rincón de este mundo?"

No. No había ningún motivo para so-
lazar: Simón Fistiulari conservaba aún
ese aire triunfante. Con una perennidad
monstruosa y aterradora persistía en es-
sa actitud de fortaleza inexpugnable, a
pesar de los síntomas de acabamiento y
deterioro exterior que mostraba la fi-
gura semientrada. Vestía ropa ligera;
un pantalón de pana azul, viejo y gas-
tado y una raída y manchada chue-
tilla color marrón, de tela fina, bajo la
cual se divisaba una camisa blanca, más
bien sucia, arrugada y, como todo el
resto de la indumentaria, inexplicable-
mente vieja. Toda la vestimenta colga-
ba floja e inexpressiva. Ofrecía un aire
de abandono y vejez. Un olor a polla
se desprendía de ella. Estaba semientra-
do en una butaca, pero apoyando los
pies en el suelo; los zapatos con mucho
uso, aunque muy limpios, con unos ta-
llos pulcramente remendados con hilo de
coser. Sin embargo, allí estaba con ese
mismo aire de seguridad y con ese mis-
mo porte sobrio y desdeseado, obser-
vando silenciosamente a su mujer con
una sonrisa de aprobación en los labios.
La hija Teresa permanecía abundantemente
sentada en el suelo y, de vez en cuando,
arrastraba las nalgas por el piso, apre-
tándose contra las faldas baldosas, mien-
tras su tronco y su busto se retorcían
en movimientos voluptuosos. Reptaba
voluptuosamente con sus nalgas por las
faldas baldosas, con ese mismo movi-
miento buscador de la sensación volup-
tosa que es el primer anuncio de la lu-
juria en los niños —cuando se arrastran
con las nalgas desnudas por una super-
ficie lisa y fría, sintiendo un goce inde-
finido y turbador—; así se arrastraba la
hija Teresa.

Estaban en el repostero de la vasta
mansión que Simón Fistiulari se había
edificado años atrás con el concurso de
dos arquitectos traídos especialmente
desde Santiago. Era una habitación
inundada de luz —como aquellos inte-
riores flamencos de Vermeer— y con-
fortablemente amoblada, cuyo piso de
faldas baldosas, junto con las ventanas
y celosías y cortinillas también blancas,
le daba al lugar una apariencia higiéni-
ca, clara y reposada, como la que se
encuentra en la sala de los hospitales,
una atmósfera a la vez morbida y se-
rena, casi desesperante por su quietud.
De pronto, ella se levantaba del suelo
y hacía unas cabriolas caprichosas y es-
céntricas, con esa libertad de movi-
mientos con que exteriorizan los niños sus
secretas sensaciones, mientras el tío Si-
món continuaba absorto en la contem-
plación de su producto con una des-
bujada sonrisa de satisfacción. Ella ves-
tía con notoria pobreza. Calzaba unos
zapatos de cuero, sencillos, de poca
dificultad al empuje por medio de un
complicado mecanismo de correas en-
trecruzadas, con la suela llena de agu-
jeros; llevaba una falda de color azul
desteñido, esas mismas faldas de bri-
llante crepés, amplias y de profundos
pliegues que usan las madres del pue-
blo y bajo ellas sobresalían los bronce-
de una enagua de primoroso encaje y la
blusa, en fin, rosada y desteñida que se
ceñía a la cintura, daban la impresión
de la más completa decrepitud. Su ro-
stro había perdido casi todo su encanto.
El soberbio puente de la nariz de irre-
prochable corte, alta y alargada, se ha-
bía como reblandecido y sus labios
finos y tersos, aparecían como agrieta-
dos y fotos. Un color ceniza le nubla-
ba el rostro. Después de hacer sus cabri-
olas tomaba colocación al lado de su es-
poso, como si el lente del fotógrafo fue-
se a enfocarlos en ese preciso momento.

—¡Oh! —exclamaba— ¡Acuérdese in-
temperamente de Simón Fistiulari con
un gesto de inconstancia exquisitamente
femenino—. ¡Oh! Pero, ¿qué me pasa?
—¡Oh! Es que estoy viejo, eso es, estoy
viejo. Daba unos gloriosos pasos de
baile hacia los lados y añadía casi
en un susurro, haciendo ondulaciones
vaporosas con los brazos: —Es eso, estoy
viejo, ¡Ji, ji, ji...! —la invadía una risa
aguda y tonta—. Estoy viejo, estoy
viejo —repetía en una salmodia conti-
nuada—. ¡Ah! Ya me segregaba mu-
tuamente, —ya sé, he de hacer un poco
de gimnasia; si, señor, he de hacer
gimnasia. Y, acto seguido, como si al-
guien le hubiese regresado la cabeza, per-
turbado en kinesiografía, se sentaba nue-
vamente en el piso y comenzaba a hacer
ejercicios precisos y rítmicos, des-
cribiendo sus hermosos muslos marchitos:

—Uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno, dos,
uno, dos...

—Por qué he de soñar con ellos tan
a menudo? —volvía a preguntarse Ama-
deo—. ¿Qué he perdido ahora que la
imagen ya no es la misma de antes?"
Con dificultad se dijo que, probable-
mente, ya no los necesitaba. Que ya no
iría a verlos más en sueños. Y lo que
había perdido era el último resto de su
infancia. ¡No experimentaba ahora una
extraña sensación de desdoblamiento, de
verse arribando a la orilla de un río y
de verse a sí mismo en la orilla opuesta?
—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Ya
no soy niño!"

Y nunca se le representó tan clara
esta evidencia. Y nunca le pareció tan
dolorosa como en ese momento.

(1) Capítulo perteneciente a
la tercera parte de una
trilogía novelesca titula-
da "Para Angeles y pa-
ra Hombres", actualmen-
te en preparación.

**EL ANCHO
MUNDO**

Niza

UN nuevo documental en largo
metraje sobre Picasso está rea-
lizando el famoso cineasta H.
G. Clouzot. Gracias a una nueva téc-
nica empleada en las tradiciones
Clouzot ha logrado filmar la elabo-
ración misma de la pintura de Picasso.
Sin que éste, ni siquiera su mano, apa-
rezcan en la proyección. Esta película
sensacional permitirá a grandes masas
de espectadores observar en Cinemascope
y en colores, las alternativas de la
creación de una obra de arte.

Londres

PARERE una versión inglesa
—edición y traducción de Ro-
bert Sage— de Los Diarios Pri-
vados de Stendhal (sección original en
francés de Marie-Henri Beyle). Son los
diarios escritos por el novelista —sin
ninguna intención de publicarse— en-
tre 1800 y 1814. Sobre el volumen co-
mentó el crítico del Times: "nos ofre-
ce tanto de los diarios como desearía el
más ardiente de los stendhalianos". Se
ve allí incluso al Stendhal de los co-
munes, haciendo desesperados esfuer-
zos por progresar en un terreno que
estaba lejos de su vocación: el teatro
("trabajaba días para escribir 20 li-
neas").

Leipzig

EN la Feria Mundial de Leipzig
fueron colocadas las primeras
órdenes de venta de la novela
"Hijo del Salitre" del escritor chileno
Volodia Tsvetkov. En esta ocasión fue
exhibida la cubierta de la obra, cuya
publicación está anunciada para no-
viembre próximo.

Budapest

CON motivo del 10º aniversario de
la muerte del compositor Bela
Bartók, se ha programado un
gran festival de Música. Música
que durará un año. Además de una se-
rie de conciertos, este homenaje com-
prenderá transmisiones radiales, una
exposición de recuerdos, manuscritos,
fotografías, etc., que circulará por todo
el país; una edición popular de la bio-
grafía del maestro, otra edición de su
correspondencia y una tercera edición,
en 20 volúmenes, de música folclórica
recopilada y concertada por el mismo
Bartók. Este homenaje finalizará con el
Concurso Internacional de Budapest, en
el que participarán intérpretes y conjun-
tos nacionales seleccionados y al que han
sido invitados destacados virtuosos y
músicólogos del mundo entero.

LA DANZA MODERNA

por Patricio BUNSTER

¿QUE es danza moderna? ¿Qué es danza clásica? ¿Son ellas dos escuelas irreconciliables? ¿Puede haber un ballet chileno? Preguntas como estas nos acosan a diario y expresan —por una parte— el interés creciente que existe en nuestro medio por los problemas de la danza y, por otra, la necesidad de aclarar ciertos principios. Estas discusiones deberían contribuir al desarrollo del arte coreográfico en nuestro país.

Ante todo, habría que establecer que "moderno" no es ni una escuela ni un estilo, sino una nueva concepción estética de la danza nacida a comienzos del siglo y destinada a expresar, a través del gesto, al hombre y la sociedad de nuestra época.

En la historia de la danza, como en la de todas las actividades del hombre, sus grandes figuras renovadoras fueron aquellas que —atentas a las exigencias de su tiempo— supieron remover el estatismo de las academias, revitalizándolas, dotándolas de un nuevo contenido y, por ende, de nuevas formas. Por encima de las diferencias que en distintos momentos históricos hayan tenido

tales reformas, coinciden en haber luchado por acercar el arte a la vida, por poner el hombre en el centro de la creación artística.

Así, el gran Noverre luchaba en el siglo XVIII por una nueva forma de danza que reflejara "las pasiones humanas", en oposición al puro "divertimiento" a que había llegado la danza teatral de su época. Así también Fokine limpiaría la academia del amaneramiento, la trivialidad, el convencionalismo en que había caído a fines del siglo XIX, después del auge de la era romántica.

Pero, a pesar de la labor genial de Fokine, el lenguaje del ballet era insuficiente para expresar a su tiempo. Era necesaria una revolución que, desligándose de todo compromiso con la academia, volviera al punto de partida de la danza: el gesto humano, como la manifestación natural y viable de un estado mental, emocional y físico del hombre, en relación con el mundo que le rodea.

Las primeras figuras de esta búsqueda desarrollaron una modalidad de tipo individual que, más que nada, descansaba en la intuición, en la espontaneidad de la improvisación. Era una necesidad histórica ir más



KURT JOOSS Y RUDOLF LABAN, EN 1939

allá: penetrar en la naturaleza del gesto, descubrir sus leyes y construir un sistema que permitiera analizar todas las posibilidades del cuerpo humano y sus potencialidades como instrumento de expresión y de belleza. Esta es la verdadera contribución de los "modernos" al desarrollo de la danza contemporánea y la deuda que tenemos, en especial, con Rudolf von Laban y Kurt Jooss.

La universalidad de esta sistematización de las leyes del gesto —que existiendo desde siempre, se mantenían inexpresadas y aún ignoradas para la danza teatral— hace que su aplicación y sus consecuencias sean válidas por encima de escuelas y estilos. Por eso es que la disyuntiva de moderno o clásico nos parece inoperante.

Por mucho que fuera el espacio a nuestra disposición, sería imposible dar un cuadro más o menos inteligible de los diferentes aspectos que encierra esta sistematización de la danza. Sólo pueden ser comprendidos por la experimentación corporal por la práctica de la danza.

Habría que explicar el nuevo concepto espacial que nació al restablecer al hombre como sujeto del lenguaje coreográfico, explicar cómo el bailarín crea el espacio con sus movimientos, cómo lo transforma, le da vida, lo convierte en elemento expresivo; en oposición al concepto clásico, en que el bailarín está al servicio de un espacio rígido determinado por la relación frontal con el público. Esta materia es el estudio de la Coreutica.

Habría que hablar de la Eukhénica, que analiza los factores determinantes de la cualidad del movimiento. La diferencia cualitativa tan evidente que resulta de comparar los movimientos de un cortesano en un minuetto y el de una negra brasileña en una samba, se reduce finalmente a establecer que una distinta actitud interior se expresa en una matización diferente de sólo tres elementos primarios, a saber: energía (fuerte o débil), velocidad (rápido o lento) y su origen (del movimiento) en el cuerpo (central o periférico).

En el arte de la composición coreográfica, esta concepción de profunda raíz humanista abrió enormes perspectivas a un nuevo arte de la danza teatral, que como dice Jooss "...no se reduce exclusiva-

mente a lo que se llama gracia corporal o a un concepto general de belleza de línea y ritmo en los movimientos: la intención es dar una imagen de las varias fuerzas de la vida en su desarrollo y relaciones siempre cambiantes: esto es, una manifestación de la naturaleza".

Para reflejar esas fuerzas, será necesario un instrumento, el cuerpo del bailarín, que —junto con el dominio total de las posibilidades físicas de su cuerpo para realizar en el espacio la "aparición" de una forma o un movimiento— posea también una alta sensibilidad para reexperimentar y proyectar la idea, sensación o emoción que estuvieron en la imaginación del coreógrafo al crear esa forma.

Esto ha llevado a crear un método de enseñanza de la danza, en que el movimiento nace como exteriorización de una experiencia y un análisis de lo que sucede en nuestro interior, proceso en que la concentración mental riga la coordinación neuromuscular. Este método ha sido llevado a un alto grado de perfección por Sigurd Lederer.

Ahora bien, esta concepción de la danza moderna que hemos estado tratando de definir se ha ido ampliando y enriqueciendo con los años. Hoy estamos muy lejos del primer período en que se desecharon e ignoraron muchos elementos de la técnica académica que sin duda, pertenecen al lenguaje del gesto humano: los "modernos" cayeron a menudo en un descuido de la forma en aras de la expresión; otros equivocaron el camino para caer en un nuevo formalismo, en los académicos modernos, tan vacíos, gimnásticos y detestables como las peores academias clásicas.

Dentro de la maraña lamentable de escuelas y modas coreográficas que constituyen el panorama de la danza de hoy, no debemos perder de vista en ningún momento los principios que han informado la verdadera danza de todos los tiempos: el hombre baila para expresar la vida del hombre.

Abramos los ojos a la vida diaria —más allá del límite estrecho del gimnasio— adentrémosnos en nuestra realidad, en nuestro paisaje, política, historia, baile, tradiciones, y seremos capaces, dentro de algunos años, de contribuir al lenguaje universal de la danza con una expresión propia en este arte.

Impresores Lautaro



VIRGINIA RONCAL, TRIUNFÓ EN EL EXTRANJERO (FOTO RAYS)